

CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Los Misterios de Jesús de Nazareth

Annie Besant

PRÓLOGO

"Al proceder a la consideración de los misterios del saber, debemos prestar nuestro asentimiento a las célebres y venerables reglas de la tradición, comenzando por el origen del universo, exhibiendo aquellos puntos de contemplación física que sean necesarios como premisas, y apartando todo lo que pueda ser obstáculo en la marcha, de modo que el oído se halle preparado para recibir la tradición de la Gnosis, y el terreno limpio de malas hierbas y en disposición de que la viña sea plantada; pues hay un conflicto antes del conflicto y misterios antes de los misterios." - SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.

"Baste la muestra para los que tienen oídos. Pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo que sea suficiente." - IBID.

"Aquel que tenga oídos para oír que oiga." - SAN MATEO.

El objeto de este libro es sugerir cierta clase de ideas acerca de las profundas verdades en que está basado el Cristianismo, verdades generalmente desatendidas y con bastante frecuencia negadas. El noble deseo de hacer a todos partícipes de lo que es precioso, de divulgar verdades grandes e inapreciables, de no excluir a nadie de la luz del verdadero conocimiento, ha sido causa de un celo indiscreto que ha producido el Cristianismo vulgar, presentando sus enseñanzas en una forma que el corazón repele a menudo y que se divorcia del entendimiento. El mandato de "predicar el Evangelio a todas las criaturas" (1) -de dudosa autenticidad-, se ha interpretado como prohibición de la enseñanza de la Gnosis a los pocos, y ha desvanecido, en apariencia, el dicho menos popular del Gran Maestro: "No deis lo santo, a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos" (2).

Ese sentimiento espurio -que se niega a reconocer la desigualdad evidente de las inteligencias y de las aptitudes morales y que, por tanto, rebaja la enseñanza de los más desarrollados al nivel de los que han adelantado menos en la evolución, sacrificando lo superior a lo inferior de un modo perjudicial para los unos y los otros-, no cabía en el varonil sentido de los primeros cristianos. San Clemente de Alejandría dice con ruda claridad, aludiendo a los Misterios: "Aun ahora temo, como vulgarmente se dice, el echar margaritas a puercos, para que las pisoteen, y volviéndose, nos despedacen; pues

es difícil exponer las sentencias realmente puras y transparentes acerca de la verdadera Luz a un auditorio soez y sin educación apropiada" (3) .

Sólo con las antiguas restricciones podrá el verdadero conocimiento de la Gnosis formar de nuevo parte de las enseñanzas cristianas; la idea de rebajarse al nivel de la capacidad de los menos desarrollados, tiene que ser definitivamente abandonada. Para restaurar los conocimientos ocultos hay que dar enseñanzas que estén por encima del entendimiento de los poco evolucionados, y empezar por el estudio de los Misterios Menores antes de proceder al de los Mayores. Los Mayores jamás serán dados a la prensa; sólo pueden comunicarse por el Maestro al discípulo "de la boca al oído". Pero los Misterios Menores, revelación parcial de profundas verdades, pueden restablecerse desde ahora, siendo el objeto del presente libro dar un bosquejo de ellos y mostrar la naturaleza de las

enseñanzas que hay que profundizar. Donde sólo se hacen alusiones, la meditación tranquila sobre las verdades apuntadas hará visibles sus contornos, proporcionando el continuado pensar una luz mayor que las mostrará gradualmente más y más claras. La meditación aquieta la mente inferior, siempre ocupada en objetos externos; sólo cuando la mente inferior está en reposo, puede ser iluminada por el Espíritu. El conocimiento de las verdades espirituales debe obtenerse de dentro y no de fuera, del Espíritu divino, cuyo templo somos (4) , y no de instructores externos. Estas cosas son "discernidas espiritualmente" por el Espíritu que mora en lo íntimo, por esa "Mente de Cristo", de que habla el gran Apóstol (5) , por esa luz interna que se vierte sobre la mente inferior. Este es el camino de la Sabiduría Divina, de la verdadera TEOSOFÍA. Esta no es, como algunos creen, una versión atenuada del Hinduismo, del Budismo, del Taoísmo o de cualquiera otra religión. Es el Cristianismo Esotérico, tan verdadero como el Budismo Esotérico, el cual pertenece igualmente a todas las religiones, no siendo exclusivo de ninguna. Tal es el origen de las indicaciones que se hacen en este pequeño volumen, para ayuda de los que buscan la Luz, esa "Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo" (6) , aunque la mayor parte no ha abierto aún sus ojos a ella. El no trae la Luz, sólo dice: "¡Mirad la Luz!", pues así lo hemos oído. Sólo se dirige a los pocos que están hambrientos de otra cosa que lo que les da la enseñanza esotérica. Para aquellos que están por completo satisfechos con las enseñanzas esotéricas, no se ha escrito; ¿por qué ha de darse por fuerza el pan a aquellos que no tienen hambre? Es sólo para los hambrientos, a quienes ha de saber como pan y no como piedra.

Notas del prólogo

(1) S. Marcos XVI, 15.

(2) S. Mateo VII, 6.

(3) Ante-Nicene Christian Library de Clarke, vol. IV. Clement of Alexandria. Stromata, lib. I, cap. XII.

(4) I Cor., III, 16.

(5) I Cor., II, 14-16

(6) S. Juan I, 9.

CAPITULO PRIMERO

EL LADO OCULTO DE LAS RELIGIONES

Muchos, quizá la mayor parte de los que lean el título de este libro, se sentirán desde luego contrarios suyo, negando que exista nada valdero que con justicia pueda llamarse "Cristianismo Esotérico." Existe la idea muy extendida, y por tanto popular, de que no hay tal enseñanza oculta relacionada con el Cristianismo, y que los Misterios, ya sean Menores o Mayores, eran puramente una institución pagana. El nombre mismo de "Los Misterios de Jesús", tan familiar a los oídos de los cristianos primitivos, causará sorpresa a sus modernos sucesores y si se les dijese que expresan una institución especial y definida de la Iglesia de los primeros siglos se provocaría en ellos una sonrisa de incredulidad.

Se ha asegurado, efectivamente, en son de alabanza, que el Cristianismo no tiene secretos, que lo que tiene que decir, lo dice a todos, y que lo que tiene que enseñar, lo enseña a todos. Se supone que sus verdades son tan sencillas "que un hombre cualquiera, aun siendo tonto, no incurrirá en errores respecto a ellas." El "sencillo Evangelio" se ha convertido en una frase sacramental.

Es, pues, necesario probar con toda claridad que, por lo menos en la Iglesia Primitiva, el Cristianismo no iba a la zaga de ninguna de las otras grandes religiones, por lo que hace a la posesión de un aspecto oculto, y que guardaba, como tesoro inapreciable, los secretos que sólo se revelaban a pocos escogidos para sus Misterios. Pero antes conviene considerar esta cuestión del lado oculto de las religiones, y ver por qué debe existir tal aspecto para que la religión pueda ser fuerte y estable; pues de este modo se verá que su existencia en el Cristianismo es lógica y procedente, y las referencias que en tal sentido se hacen en los escritos de los Padres Cristianos, aparecerán sencillas y naturales y de ningún modo sorprendentes e ininteligibles, y si, como hecho histórico, la existencia de este esoterismo es demostrable, se probará a la vez que, intelectualmente considerado, es una necesidad.

La primera cuestión que tenemos que plantear es la siguiente: ¿Cuál es el objeto de las religiones? Se dan al mundo por hombres más sabios que la masa humana, a la cual se dirigen con el objeto de apresurar su evolución. Para hacer esto con eficacia, tienen que llegar a los individuos e influir sobre ellos. Ahora bien; todos los hombres no se encuentran en el mismo nivel de evolución, pudiendo considerarse ésta como una escala ascendente, con individuos colocados en todos sus peldaños. Los más altamente desarrollados se hallan muy por encima de los que lo están menos, tanto por lo que hace a la inteligencia como al carácter, variando en cada grado la capacidad, así para comprender como para obrar. Es, por tanto, inútil dar a todos la misma enseñanza religiosa; lo que ayudaría al hombre intelectual, sería totalmente incomprensible para el estúpido, al paso que lo que pondría en éxtasis a un santo, no haría mella alguna en el criminal. Por otra parte, si la enseñanza es apropiada a las gentes de poca inteligencia, resulta intolerablemente grosera e indigesta para el filósofo, al paso que la que redimiese al criminal, sería por completo inútil al santo. Sin embargo, todos los tipos necesitan una religión, a fin de que cada cual pueda lograr una vida más elevada que la que tiene, y ningún tipo o grado debe ser sacrificado al otro. La religión debe ser tan graduada como la evolución, porque de lo contrario no podrá realizar su objetivo.

Preséntase luego la cuestión siguiente: ¿De qué modo tratan las religiones de apresurar la evolución humana? Las religiones se proponen desenvolver la naturaleza moral y la intelectual, y ayudar a la naturaleza espiritual a desarrollarse.

Considerando al hombre como un ser complejo, procuran tocar cada punto de su constitución, y por lo tanto, buscar mensajes propios para cada cual, enseñanzas adecuadas a los seres humanos más diversos. Así, pues, las enseñanzas deben adaptarse a las mentes ya los corazones a que se dirigen. Si una religión no alcanza y domina la inteligencia, si no purifica e inspira las emociones, fracasa en su objeto respecto a la persona interesada.

No sólo se dirige de este modo a la inteligencia y a las emociones, sino que trata, como se ha dicho, de estimular el desarrollo de la naturaleza espiritual. Responde a ese impulso interno que existe en la humanidad y que siempre está impeliendo a la raza hacia adelante. Porque en lo más hondo del corazón de todos -a menudo cubierta por condiciones transitorias, ahogada muchas veces por intereses y ansiedades apremiantes- existe la constante aspiración hacia Dios. "Así como el ciervo busca jadeante el arroyo, así el hombre siente anhelos por la Divinidad" (1). La aspiración se interrumpe por un tiempo y el anhelo parece desvanecido. Ocurren en la civilización y en el pensamiento fases en que este grito del espíritu humano por lo divino -buscando su origen como el agua busca su nivel, según el símil de Giordano Bruno-, este anhelo del espíritu humano por lo que es de su misma especie en el universo, de la parte por el todo, parece acallado, destruido; pero no obstante, el ansia vuelve a mostrarse, y otra vez lanza el espíritu el mismo grito. Por más que aparezca esta tendencia olvidada y deshecha en algún tiempo, vuelve a levantarse potente una vez y otra con persistencia inextinguible, se repite en una y otra ocasión, sin que importe las veces que se la reduzca al silencio, y de este modo prueba que es una tendencia inherente a la naturaleza humana, un constituyente indestructible de la misma. Los que declaran en son de triunfo "que está muerta", la encuentran de nuevo frente a frente con vitalidad no disminuida. Los que construyen sin tener esto en cuenta, ven más tarde sus bien construidos edificios resquebrajados como si hubiesen sufrido un terremoto.

Los que creen que ha desaparecido, ven las más extravagantes supersticiones suceder a su negación. Y de tal modo forma parte integrante de la humanidad, que el hombre quiere obtener una respuesta cualquiera a sus preguntas; prefiere una respuesta, aunque sea falsa, al mutismo. Si no puede encontrar verdades religiosas, adoptará errores religiosos, antes que quedarse sin religión, y aceptará los ideales más toscos e incongruentes, antes que admitir que el ideal no existe.

La religión, pues, responde a este anhelo, y apoderándose del constituyente de la naturaleza humana que lo produce, lo educa, lo vigoriza, lo purifica y lo guía hacia su propia finalidad: la unión del espíritu humano con lo divino, a fin de "que Dios pueda estar todo en todos" (2).

La cuestión que después se nos presenta en nuestro estudio es: ¿Cuál es el origen de las religiones? A esta pregunta se han dado dos contestaciones en los tiempos modernos: la de los autores de mitología comparada y la de los que se inspiran en la comparación de las religiones positivas. Unos y otros apoyan sus contestaciones en el mismo fundamento de hechos admitidos. La investigación ha probado de un modo incuestionable, que las religiones del mundo son, de un modo notorio, similares en sus enseñanzas principales, en la ostentación de poderes sobrehumanos y de una elevación moral extraordinaria de sus fundadores, en sus preceptos éticos, en el empleo de medios para ponerse en contacto con los mundos invisibles y en los símbolos con que expresan sus creencias fundamentales. Esta semejanza, que en muchos casos llega a la identidad, prueba, según ambas escuelas, un origen común.

Pero sobre la naturaleza de este origen común están en desacuerdo las dos escuelas. Los mitólogos sostienen que el origen común es la común ignorancia, y que las doctrinas religiosas más elevadas son sencillamente expresiones refinadas de las crudas y

bárbaras conjeturas de salvajes, de hombres primitivos, al considerarse a sí mismos ya lo que les rodeaba.

Animismo, fetichismo, culto de la naturaleza, culto del sol; éstos son los constituyentes de la primitiva arcilla, de la cual se ha desarrollado el lirio espléndido de la religión. Krishna, Buda, Lao-Tse, Jesús, son, aunque altamente civilizados, los descendientes directos de los curanderos rotativos de las primitivas tribus salvajes (3). Dios es una fotografía compuesta de los innumerables dioses que personificaban las fuerzas de la naturaleza y así sucesivamente.

Todo esto se resume en la frase: Las religiones son ramas de un tronco común: la ignorancia humana.

Los religiólogos consideran, por su parte, que todas las religiones han tenido su origen en las enseñanzas de Hombres Divinos que dan de tiempo en tiempo a las diferentes naciones del mundo aquella parte de las verdades fundamentales de la religión que las gentes son capaces de asimilar, enseñando siempre la misma moralidad, inculcando el empleo de medios semejantes, aplicando los mismos y significativos símbolos. Las religiones salvajes -el animismo y las demás- son degeneraciones, los resultados de la decadencia, descendientes desfigurados y empequeñecidos de verdaderas creencias religiosas. El culto del sol y las formas puras del culto a la naturaleza fueron en su tiempo religiones nobles, altamente alegóricas, y llenas de profunda verdad y conocimiento.

Los grandes Instructores -según se alega por los indos, por los budistas y por algunos religiólogos, tales como los teósofos- constituyen una perenne Fraternidad de hombres que se han elevado por encima de la humanidad, que aparecen en ciertas épocas para iluminar al mundo y que son los custodios espirituales de la raza humana. Esta opinión puede resumirse en la frase: "Las religiones son ramas de un tronco común: la Sabiduría Divina".

Esta Sabiduría Divina es llamada la Sabiduría, la Gnosis, la Teosofía, y algunos hombres, en diferentes épocas del mundo, han querido determinar de tal modo su creencia en esta unidad de las religiones, que han preferido el nombre ecléctico de teósofos a cualquiera otra designación más estrecha.

El valor relativo de la contienda de estas dos opuestas escuelas debe juzgarse por la fuerza de las pruebas que cada una aduce. La apariencia de la forma degenerada de una noble idea puede asemejarse mucho a la del producto refinado de una idea grosera, y el único método para decidir entre la degeneración y la evolución, sería el examen, a ser posible, de antecesores remotos intermedios. Las pruebas que presentan los creyentes en la Sabiduría, son de esta clase: que los fundadores de las religiones, juzgados por los anales de sus enseñanzas, estaban muy por encima del nivel de la humanidad ordinaria; que las Escrituras de las religiones contienen preceptos morales, ideales sublimes, aspiraciones poéticas, declaraciones filosóficas profundas, a las que ni tan siquiera pueden compararse en hermosura y elevación los escritos posteriores de las mismas religiones; esto es, que lo antiguo es más elevado que lo nuevo, en vez de ser lo contrario; que no puede mostrarse caso alguno del proceso refinador y progresivo, que se dice es el origen de las religiones actuales, al paso que pueden exhibirse muchos ejemplos de degeneración de enseñanzas puras; que aun entre los salvajes, si sus religiones se estudiasen con cuidado, se encontrarían muchas huellas de ideas elevadas, ideas que desde luego se vería que están por encima de la capacidad productora de los salvajes mismos.

Esta idea ha sido exployada por M. Andrew Lang; quien, a juzgar por su libro *The Making of Religion*, debe ser clasificado entre los religiólogos comparativos en lugar de

entre los mitólogos comparativos. Señala la existencia de una tradición común, la cual, dice, no ha podido ser evolucionada por los salvajes mismos, por ser hombres cuyas creencias ordinarias son de las más rudas y cuyas mentes están poco desarrolladas. Las deidades que adoran son, en su mayor parte, verdaderos demonios; pero detrás de esto, más allá de todo esto, existe una Presencia nebulosa, pero superior, pocas veces o nunca nombrada, pero que se vislumbra como origen de todo, como poder, amor y bondad, demasiado amante para causar terror, demasiado buena para necesitar súplicas. Es evidente que semejantes ideas no pueden haber sido concebidas por los salvajes entre los cuales se encuentran, y son testigos elocuentes de las revelaciones de algún gran Instructor -de quien generalmente puede también descubrirse alguna tradición confusa que fue un Hijo de la Sabiduría y que comunicó algunas de las enseñanzas en una época remotísima.

La razón y verdaderamente, la justificación del punto de vista de los mitólogos comparativos, es patente. Encuentran en todas direcciones formas inferiores de creencias religiosas existentes en tribus salvajes, formas que se ven acompañadas de la falta general de civilización. Considerando al hombre civilizado como evolucionado del salvaje, ¿qué cosa más natural que atribuir la religión civilizada a una evolución de la no civilizada? Esta es la primera idea evidente. Sólo un estudio ulterior más profundo puede demostrar que los salvajes de hoy no son el tipo de nuestros antecesores, sino la descendencia degenerada de grandes troncos civilizados de antaño, y que el hombre en su infancia no fue abandonado para que creciera sin educación, sino que fue criado y enseñado por sus hermanos mayores, que fueron sus primeros guías, así en lo que se refiere a la religión, como a la civilización en general. Esta opinión se halla sustentada por hechos como los que Lang aduce, dando margen a la cuestión: ¿Quiénes eran esos hermanos mayores de quienes habla la tradición en todas partes? Avanzando más en nuestra investigación, tropezamos luego con esta otra cuestión: ¿A qué gentes se dieron las religiones? Y aquí nos encontramos desde luego con la dificultad con que ha tenido que tropezar todo fundador de una religión, dificultad que se refiere al objeto primario de la religión misma, el apresuramiento de la evolución humana, con su corolario de que todos los grados de la humanidad en evolución debían tenerse en cuenta por él. Los hombres se hallan en todos los grados desarrollados; hay hombres de inteligencia elevada, pero también los hay de una mentalidad de las menos desarrolladas; en un sitio encuéntrase una civilización compleja y altamente evolucionada, en otro una constitución sencilla y ruda. Aun en medio de una misma civilización, se ven los tipos más variados, los más ignorantes y los más educados, los más pensadores y los más superficiales, los más espirituales y los más abyectos, y, sin embargo, a cada uno de estos tipos hay que llegar, y cada uno tiene que ser auxiliado tal como es. Si la evolución es una verdad, esta dificultad es inevitable, y el Instructor divino tiene que hacerle frente y resolverla, porque de lo contrario su obra resultaría un fracaso. Si el hombre evoluciona como evoluciona todo lo que le rodea, estas diferencias de desarrollo, estos diversos grados de inteligencia, tienen que ser una característica de la humanidad en todas partes, y cada religión del mundo debe atender a ella.

De este modo nos encontramos con una situación tal, que no puede haber una sola y misma enseñanza religiosa ni aún para una misma nación, y, por tanto, menos aún para una civilización ni para el mundo todo. Si no hubiese más que una enseñanza, un gran número de aquellos a quienes se dirige escaparían a su influencia. Si se hace a propósito para los de inteligencia limitada, de moralidad elemental, de percepción obtusa, a fin de auxiliarles y educarles de suerte que pueda evolucionar, se dará una religión por completo inservible: para aquellos hombres que, viviendo en la misma nación y formando parte de la misma sociedad, tengan percepciones morales finas y delicadas,

una inteligencia brillante y sutil y una espiritualidad desarrollada. Pero si, por el contrario, esta última clase es la que ha de ser ayudada, si se da a la inteligencia una filosofía que pueda considerarse admirable, si las percepciones morales delicadas han de refinarse más, si los albores de la naturaleza espiritual han de llegar a la plenitud del día perfecto, entonces la religión será tan espiritual, tan intelectual y moral, que al ser predicada a la otra clase, no hará mella alguna ni en sus mentes ni en sus corazones; será para ellos una serie de frases sin sentido, incapaces de despertar sus inteligencias embrionarias, ni de darles motivo alguno para una conducta que les ayude a desarrollar una moralidad más pura.

Considerando, pues, estos hechos respecto de la religión, teniendo en cuenta su objeto, sus medios, su origen, la naturaleza y diversidad de necesidades de las gentes a quienes se dirige, reconociendo la evolución de las facultades espirituales, intelectuales y morales del hombre, y la necesidad de que cada cual sea educado con arreglo al estado de evolución que ha alcanzado, tenemos como consecuencia inevitable, que forzosamente se requiere una enseñanza religiosa, diversa y graduada que responda a las diferentes exigencias y auxilie a cada hombre conforme a su estado anímico.

Hay todavía otra razón para que la enseñanza esotérica sea necesaria respecto a cierta clase de verdades. Es un hecho evidéntísimo, en lo que se refiere a esta clase, que "saber es poder." La pública promulgación de una filosofía profundamente intelectual, suficiente para educar inteligencias altamente desarrolladas, y para atraer las mentes elevadas, no puede perjudicar a ninguno. Puede predicarse sin vacilación, pues no atrae al ignorante, el cual se aparta de ella considerándola seca, dura y sin interés. Pero hay enseñanzas que tratan de la constitución de la naturaleza, que explican leyes recónditas y arrojan luz en procesos ocultos, cuyo conocimiento implica dominio sobre energías naturales, a quienes se puede dirigir a ciertos fines, como lo hace el químico con el producto de los elementos con que trabaja. Semejante conocimiento puede ser muy útil a los hombres de gran desarrollo, aumentando su capacidad para servicio de la especie humana. Pero si este conocimiento se hiciese público, podría ser y sería mal empleado, como lo fue el conocimiento de venenos sutiles en la Edad Media por los Borgias y otros. Pasaría a manos de gente de inteligencia poderosa, pero de deseos no refrenados, hombres impelidos por instintos de separatividad, que buscan el beneficio de sus yo separados, ya quienes nada importa el bien común. Estos serían atraídos por el deseo de obtener poderes que los elevasen por encima del nivel general, poniendo a merced suya a la humanidad ordinaria, y se lanzarían a adquirir los conocimientos que colocan a sus poseedores en una jerarquía sobrehumana. Con su posesión se harían aún más egoístas, afirmándose en sus sentimientos de separación; su orgullo sería alimentado, y su inclinación al apartamiento se pronunciaría más; y de este modo serían inevitablemente impelidos en la senda diabólica, el Sendero de la Izquierda, cuya meta es el aislamiento y no la unión. Y no sólo se perjudicarían ellos en su naturaleza interna, sino que se convertirían en una amenaza para la Sociedad, que ya sufre bastante por obra de los que tienen más desarrollada la inteligencia que la moral. De aquí arranca la necesidad de conservar ciertas enseñanzas ocultas para aquellos que moralmente no están aún en disposición de recibirlas, y esta necesidad se impone a los Instructores que pueden comunicar semejantes conocimientos.

Ellos desean darlos a los que están dispuestos a emplear los poderes que confieren, en pro del bien general, para apresurar la evolución humana, pero se retraen de comunicarlos a quienes los habrían de aplicar en su propio engrandecimiento y a costa de los demás.

Y no se trata de una simple teoría, según los Anales Ocultos que dan los detalles aludidos en el Génesis VI y sig. Estos conocimientos eran dados en aquellos remotos

tiempos y en el Continente de los Atlantes, sin ninguna condición rigurosa respecto de la elevación moral, pureza y desinterés de los candidatos. Los calificados intelectualmente para ello eran enseñados, lo mismo que se enseña la ciencia ordinaria en los tiempos modernos. La publicidad, tan imperiosamente exigida hoy, se concedió entonces, dando por resultado que los hombres se convirtieran en gigantes del conocimiento, pero también en gigantes de la maldad, hasta que la tierra gimió bajo sus opresores, y el grito de la humanidad pisoteada vibró a través de los mundos. Entonces vino la destrucción de los Atlantes, la sumersión de aquel vasto continente bajo las aguas del Océano, algunos de cuyos particulares consignan las Escrituras hebreas en el relato del diluvio de Noé, y las Escrituras indas del lejano Oriente en el relato de Vaivasvata Manu.

Experimentado el peligro de permitir que seres impuros se apoderasen del conocimiento que es poder, los grandes Instructores impusieron condiciones rigurosas en lo que respecta a la pureza, desinterés y dominio propio a todos los candidatos a tales enseñanzas. Ellos rehúsan claramente comunicar conocimientos de esta naturaleza a ninguno que no consienta en someterse a una rígida disciplina, encaminada a suprimir toda separación de sentimientos e intereses. Ellos miden la fuerza moral del candidato aún más que su desarrollo intelectual, pues la enseñanza misma desarrolla la inteligencia al paso que refrena la naturaleza moral. Es preferible que los Grandes Seres sean atacados por los ignorantes a causa de su supuesto egoísmo en reservar conocimientos, a que precipiten al mundo en una nueva catástrofe como la atlante.

Tales son las razones que justifican la necesidad de un aspecto oculto en todas las religiones. Cuando de la teoría se pasa a los hechos, ocurre naturalmente preguntar: ¿Ha existido este aspecto Oculto en el pasado, formando parte de las religiones del mundo? La contestación debe darse inmediatamente y sin vacilar en sentido afirmativo; toda gran religión ha tenido una doctrina secreta, declarándose el depósito del conocimiento místico teórico y del conocimiento místico práctico u oculto. La explicación mística de la enseñanza popular era pública, y se presentaba en alegrías, dando un significado aceptable a las toscas narraciones ya las pueriles y poco racionales historias. Tras del misticismo teórico, como igualmente tras del misticismo popular, existía el misticismo práctico; una enseñanza espiritual oculta, la cual se comunicaba solamente bajo condiciones definidas, condiciones conocidas y públicas, que cada candidato tenía que cumplir. San Clemente de Alejandría menciona esta división de los Misterios. "Después de la purificación –dice-, vienen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucción y de preparación que sirven de preliminar para lo que ha de venir después: los Grandes Misterios, en los cuales nada se deja de enseñar acerca del universo, quedando sólo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas" (4) .

Imposible es disputar esta actitud a las antiguas religiones. Los Misterios de Egipto fueron la gloria de aquel país, adonde se dirigían los hijos más esclarecidos de Grecia, tales como Platón, para ser iniciados en Sais y en Tebas por los Maestros de Sabiduría. Los Misterios de Mithra en Persia, los Misterios de Orfeo y de Baco, los Misterios Menores de Eleusis, y los de Samotracia, de Escitia, y de Caldea, son conocidos y aun familiares, al menos en el nombre. El valor de los Misterios Eleusinos, a pesar de su extrema atenuación, fue grandemente alabado por los hombres más eminentes de Grecia, tales como Píndaro, Sófocles, Isócrates, Plutarco y Platón.

Se les consideraba especialmente útiles con relación a la existencia post mortem, porque el iniciado aprendía lo que aseguraba su dicha futura. Sopater alegaba además, que la iniciación establecía un parentesco entre el alma y la Naturaleza divina; y en el himno esotérico a Demetrio se hacen encubiertas referencias al santo niño Jacco y a su muerte y resurrección, según se las consideraba en los Misterios (5).

De Jámblico, el gran teúrgico de los siglos III y IV de nuestra Era, puede aprenderse mucho acerca del objeto de los Misterios. La teurgia era magia, "la última parte de la ciencia sacerdotal" (6), y se practicaba en los Grandes Misterios para evocar la aparición de seres superiores. La teoría en que se fundaban estos Misterios, puede exponerse en breves palabras. Existe UNO, anterior a todos los seres, inmutable, que mora en la soledad de su propia unidad. De AQUELLO arranca el Dios Supremo, el Engendrado por Si Mismo, el Bien, el Origen de todas las cosas, la Raíz, el Dios de Dioses, la Causa Primera que se desenvuelve en luz (7). De El surge el Mundo Inteligente o universo ideal, a que pertenece la Mente Universal, el Nous, y los Dioses incorpóreos e intelectuales.

De El procede el Alma del Mundo, a la cual corresponden las "formas divinas intelectuales que están presentes en los cuerpos visibles de los Dioses" (8) . Luego siguen varias jerarquías de seres sobrehumanos: Arcángeles, Archones (Gobernantes) o Cosmocratores, Ángeles, Demonios, etc. El hombre es un ser de un orden inferior, cuya naturaleza está relacionada con aquellos, a los cuales es capaz de conocer; este conocimiento se adquiría en los Misterios y conducía a la unión con Dios (9).

Estas doctrinas se explicaban así en los Misterios: "la emanación de todas las cosas del Uno, su vuelta hacia el Mismo, y la completa dominación de El" (10) .

Además, aquellos Seres eran evocados y aparecían algunas veces para enseñar, otras para elevar y purificar con Su mera presencia. "Los Dioses -dice Jámblico-, benévolo y propicio, comunican su luz a los teúrgicos con profusión no envidiada, atrayendo sus almas, procurando unirlos a sí y acostumbrándoles, aun viviendo en el cuerpo, a separarse de él y a dirigirse hacia su eterno principio inteligente" (11). Porque "teniendo el alma una vida doble, la una en unión con el cuerpo y la otra separada de él" (12) , es de todo punto necesario conocer el modo de separarla, a fin de que así pueda unirse con los Dioses por medio de su parte intelectual y divina, y aprender los genuinos principios del conocimiento y las verdades del mundo de la inteligencia (13) . "La presencia de los Dioses nos comunica, realmente, la salud del cuerpo, la virtud del alma, la pureza de la inteligencia y, en una palabra, eleva todo nuestro ser a su naturaleza propia. Exhibe lo que no es cuerpo como cuerpo a los ojos del alma, por medio de los del cuerpo" (14) . Cuando aparecen los Dioses el alma obtiene "la libertad de las pasiones, una perfección trascendental, y una energía más excelente en todos conceptos, participando del amor divino y de una alegría inmensa" (15) .

De este modo alcanzamos una vida divina y nos hacemos divinos en realidad (16) .

El punto culminante de los Misterios era la conversión del Iniciado en un Dios, ya fuese por la unión con un Ser divino fuera de él, ya por la realización del Yo divino en él. Esto se llamaba éxtasis, estado al cual el Yogi llamaría Samadhi elevado, para lo cual ha de hallarse el cuerpo grosero en estado de trance, efectuando entonces el alma libertada su unión con el Gran Ser. El "éxtasis no es una facultad, sino un estado del alma, en el cual se transforma de tal modo, que percibe lo que antes estaba oculto para ella. Tal estado no será permanente hasta que nuestra unión con Dios sea irrevocable; aquí, en la vida terrestre, el éxtasis no es más que un relámpago... el hombre puede dejar de ser hombre y convertirse en Dios; pero no puede ser Dios y hombre al mismo tiempo" (17). Plotino declara que había alcanzado este estado, "pero sólo tres veces por entonces."

Proclo enseñaba también que la única salvación del alma era volver a su forma intelectual, con lo que escapa del "círculo de generación y del mucho vagar", y alcanza el verdadero Ser: "la energía simple y uniforme del período de identidad, en vez del período de excesivo y vago movimiento que se caracteriza por la diferencia." Esta es la vida que buscaban los iniciados por Orfeo en los Misterios de Baco y Proserpina, y éste es el resultado de la práctica de las virtudes purificadoras o catárticas (18).

Tales virtudes eran necesarias para los Misterios Mayores, porque se referían a la purificación del cuerpo sutil, en el que actuaba el alma cuando se hallaba fuera del cuerpo grosero.

Las virtudes políticas o prácticas pertenecían a la vida ordinaria del hombre, y hasta cierto punto se exigían antes que pudiera ser candidato para una Escuela como la que se ha descrito. Luego venían las virtudes catárticas, por cuyo medio el cuerpo sutil, el de las emociones y de la mente inferior, era purificado; en tercer lugar, lo intelectual, perteneciente al Augoeides, o la forma de luz del intelecto; después lo contemplativo o paradigmático, por medio de lo cual se realizaba la unión con Dios. Porfirio escribe: "Aquel que actúa con arreglo a las virtudes prácticas, es un hombre digno; pero aquel que actúa con arreglo a las virtudes purificadoras, es un hombre angélico o también un buen demonio. Aquel que actúa con arreglo a las virtudes intelectuales tan sólo, es un Dios; pero aquel que actúa con arreglo a las virtudes paradigmáticas, es el Padre de los Dioses" (19).

Dábase también mucha instrucción en los Misterios por medio de las jerarquías de arcángeles y otras; y de Pitágoras, el gran maestro, que fue iniciado en la India, y que dio el "conocimiento de las cosas que son" a sus discípulos juramentados, se dice que poseía tal conocimiento de la música, que la podía emplear para el dominio de las pasiones más salvajes del hombre y para el esclarecimiento de sus mentes. De esto presenta Jámblico ejemplos en su Vida de Pitágoras. Parece probable que el título de Theodidaktos dado a Amonio Saccas, el maestro de Plotino, se refería menos a la sublimidad de sus enseñanzas que a la instrucción divina que recibió en los Misterios.

Algunos de los símbolos que se usaban son explicados por Jámblico (20), el cual recomienda a Porfirio que aparte de su pensamiento la imagen de la cosa simbolizada y procure alcanzar su significado intelectual. Así, "cieno" significaba todo lo que era corporal y material; el "Dios sentado sobre el loto" significaba que Dios trascendía el cieno y el intelecto simbolizado por el loto, y estando sentado, se hallaba establecido en Si Mismo. Si se le presentaba "navegando en un barco", implicaba Su gobierno sobre el mundo, y así sucesivamente (21). Respecto de este uso de símbolos Proclo observa que "el método de Orfeo tenía por objeto revelar cosas divinas por medio de símbolos, método común a todos los escritores de cosas divinas" (22)

La Escuela pitagórica en la Gran Grecia, fue cerrada hacia el final del siglo VI antes de Cristo, debido a la persecución del poder civil, pero existían otras comunidades que conservaban la tradición sagrada (23). Mead declara que Platón la acomodó a la inteligencia, a fin de ponerla a cubierto de una profanación mayor, y que los ritos eleusinos conservaron algunas de sus formas, aunque habían perdido su sustancia.

"Los neo-platónicos fueron los herederos de Pitágoras y de Platón, y sus obras deben ser estudiadas por todos los que quieran comprender algo de la grandeza y hermosura guardada en los Misterios para el mundo.

La misma Escuela pitagórica puede servir como tipo de la disciplina que se imponía. Sobre este punto, Mead, da muchos pormenores interesantes (24), y observa que: "Los autores de la antigüedad están de acuerdo en que esta disciplina había logrado producir los más altos ejemplares, no sólo de castidad y purísimos sentimientos, sino también de una sencillez de maneras, de una delicadeza y de una afición a propósitos serios que nadie ha igualado jamás. Esto es admitido hasta por los escritores cristianos." Los discípulos de la escuela externa hacían vida común de familia, y a ellos se refiere la cita anterior.

En la escuela interna había tres grados: el primero, de oyentes, que estudiaban durante dos años en silencio, haciendo cuanto podían para profundizar la enseñanza; el segundo,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

